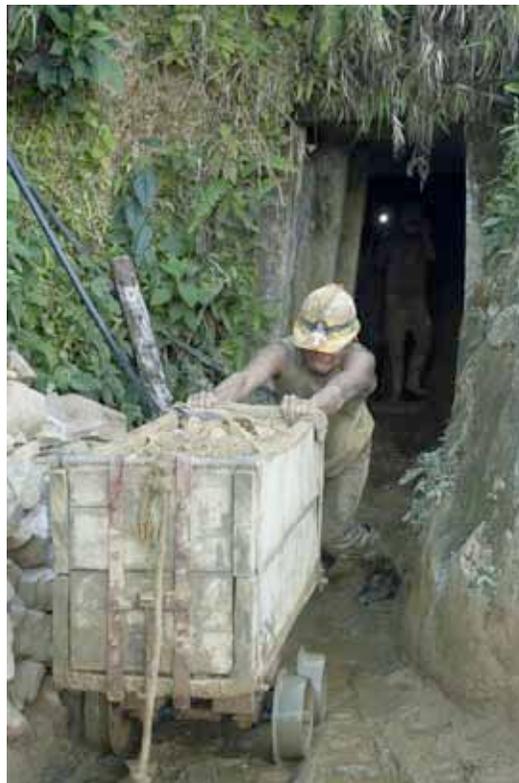


## **La disputa por el oro de Marmato**

### **Los guacheros: unidos y firmes en defensa de su trabajo**

#### Segundo informe

Fernando Álvarez camina en la oscuridad de la mina *El Patacón* iluminado apenas por la luz de su lámpara. Avanza confiado, sin necesidad de palpar las paredes ni de confirmar su ruta, pues esta mina la conoce como a la palma de su mano. Era de propiedad de su padre, de quien él, desde niño, aprendió el oficio de minero. Señala los tonos terracotas de las piedras mientras explica qué mineral es éste y cuál aquél. Se empeña en mostrar el filo angular llamado guacha, ése que los mineros avezados encuentran por intuición, porque lo pueden oler, o porque el espíritu del oro les indica dónde está.



“El oro tiene espíritu. No es un espíritu malo ni bueno, pero espanta. A mí no me da susto, antes cuando oigo que silba me quedo callado y pendiente de dónde viene el silbido, porque ahí es donde está el oro”, concluye Fernando, hoy reconocido como líder guachero, por haber sido uno de los primeros que se atrevió a romper los candados de las minas.

Para entender lo del rompimiento de los candados hay que remontarse al año 2007, cuando a Marmato llegó la compañía Goldfiels, filial de la Medoro Resources, que empezó a ofrecerles a los mineros dinero por las minas. No fueron pocos los que vendieron porque creyeron que a esta compañía sólo le interesaba obtener el título y los dejaría seguir trabajando las minas. Otros en cambio vendieron y se fueron a la ciudad o a pueblos cercanos a invertir el dinero en nuevos negocios. Luego unos y otros se darían cuenta de que habían vendido sus minas por cifras ridículas, entonces se sintieron engañados, pero ya nada podían hacer.

#### **Vendiendo lo incalculable**

“Recuerdo que una señora Celia fue la que empezó a negociar las minas a nombre de la compañía. Yo, preocupado, le pregunté que si vendíamos qué iba a pasar con nuestro trabajo, y ella dijo que nada, que estuviéramos tranquilos, que todo iba a seguir igual.

Entonces me relajé”, comenta Fernando. Y amparados en esa promesa mucha gente vendió, desde minas pequeñas donde trabajan entre 4 y 6 personas, hasta minas grandes donde había 35 trabajadores. En total la Goldfiles compró 84 las minas, más los 9 molinos que operaban en la zona.

“La gente acá no tenía conocimiento del valor de una mina. Sencillamente oyeron una cifra de muchos millones y entonces se emocionaron y vendieron”, sigue diciendo Fernando. *El Patacón*, por ejemplo, fue vendida por \$250 millones, dinero que además tuvo que dividirse entre varios socios.

Tras fracasar en otros negocios o gastarse la plata en otros lares, muchos de los que vendieron regresaron a Marmato a buscar trabajo, pero ya no como dueños sino como obreros rasos. Son historias que ahora ruedan en el pueblo con acento de leyendas, como la del minero que, después de vender su mina, anduvo por las calles con un perro al que le daba la mejor carne de los restaurantes, y si veía a otro perro pedía carne para ése también porque era amigo del suyo. Esa dicha le duró hasta que se le acabó la plata y debió pedir empleo a quienes habían sido sus trabajadores.



Alberto Cardona, dueño con otros socios de la mina *Cañaverál*, la última que la multinacional compró, cuenta así su caso: “La mina que era nuestra queda en la parte alta del cerro y estaba dividida en dos: una parte le pertenecía a don Fabio Mejía y la otra a mí y a otros cuatro socios. Ellos presionaron para que vendiéramos. La vendimos por \$350 millones, suma que a mí me pareció poca, pero la ambición de la plata pudo más. Con la plata que me tocó yo al menos compré una casa y un carro, pero ya no gano lo de antes, me toca trabajar como guachero”.



Lo que pasó después fue inexplicable e inadmisiblemente para los marmateños: las 84 minas que la Meodoro Resources compró fueron cerradas y puestas bajo el cuidado de vigilantes, lo que de un tajo dejó sin empleo a 833 personas, cada una con familia que sostener. Pero eso no fue todo: destruyó los 9 molinos que también adquirió, lo que ha sido una de las mayores

ofensas para el pueblo y la razón de que la gente perdiera la confianza en esta multinacional.

“Ellos desbarataron todo eso, destruyeron los molinos, los breques, lo chatarrearon todo y a los marmateños no les dieron ni una hoja de zinc. Si esta empresa estaba supuestamente interesada en darnos trabajo, ¿por qué cerraron las minas y lo destruyeron todo? Ahí empezamos nosotros a preocuparnos, porque ya no teníamos dónde moler ni cómo trabajar las minas”, agrega Cardona.

### **Romper los candados**

Pasaron los meses y las minas seguían cerradas, situación grave porque en Marmato no estaban acostumbrados al desempleo. Cuando Fernando sintió el hambre que se cernía sobre ellos le comentó a su compañero Fredy que no podían seguir en esa situación. “Le dije que nos fuéramos para la mina El Patacón y rompiéramos los candados. Eso hicimos, y desde ahí la estamos trabajando nosotros y casi 30 personas más que se nos unieron”, dice.

La noticia se regó como pólvora y pronto la acción de Fernando y Fredy se replicó en otras minas. Decenas de hombres se unieron, rompieron los candados y desde entonces son conocidos como los guacheros. Pero como la multinacional y el gobierno local no desautorizaron sus acciones, siguieron trabajando tranquilos como si nada. Hasta



finales del 2010, cuando sucedió lo inesperado: varios funcionarios de la Corporación para Estudios Interdisciplinarios y Asesoría Técnica (CETEC) llegaron a buscar los guacheros.

“Ellos llegaron a negociar en nombre de la multinacional. Nos trajeron unos contratos para que firmáramos. Pero nosotros no firmamos porque no somos bobos”, sostiene Fernando. Y su socio Fredy completa: “Ese contrato tenía 13 páginas con un montón de cláusulas. Una decía que teníamos que firmar un pagaré en blanco. Imagínese, ¿quién se atreve a firmar un documento de esos?”. Sobre todo si se tiene en cuenta que ya llevaban cuatro años de trabajo e inversión en estas minas, y el Código de Minas especifica que quien compre un título y lo abandone por seis meses sin causa justa, pierde el derecho de titulación.

A partir de ese momento los guacheros empezaron a unirse y a buscar asesoría jurídica. Mario Tangarife, guachero en la mina *El Socorro* y representante de la Asociación Mineros

Unidos, dice al respecto: “El contrato decía que nos dejaban seguir con las mina por 18 meses, y que una vez cumplido ese plazo las entregábamos. Pero los abogados nos dijeron que ni de fundas, porque lo que nos ofrecían era con el fin de que les reconociéramos la titularidad de las minas, que la ley la que decida quién tiene la razón”.

Pero no habían terminado de asimilar y entender del todo el significado y las implicaciones del tal contrato, cuando llegó la sorpresa mayor: el 21 de enero de 2011 llegó la fuerza pública acompañada de representantes de Ingeominas y del gobierno de Caldas con la orden de desalojo de las minas. “Vinieron a sacarnos a las malas, pensando que aquí en Marmato vivían diez personas porque sólo mandaron 20 policías. Nos enteramos rápido y en un momentico nos reunimos 200 personas en el atrio. Cuando vieron tanta gente ahí, se dieron cuenta que la cosa era más complicada de lo que creían. Tuvo que venir la personera municipal y sacó un comunicado para detener el desalojo, porque iba a haber un problema”.



### **Unidos por la misma causa**

A partir de ese momento los mineros de Marmato se dieron cuenta de que no podían andar cada uno por su lado, que era necesario unirse si querían demostrar fortaleza para defender lo suyo. Así nació la Asociación Mineros Unidos, con lo cual la intención de desalojo surtió el efecto contrario: agrupar a los mineros en torno a una misma causa.



“Llamamos a los líderes de las minas y nos sentamos a conversar. Formamos la asociación y definimos una junta. En este momento tenemos afiliadas 380 personas que representamos más o menos 25 minas. Después se formaron otras asociaciones y estamos trabajando para formar un solo bloque. Están por ejemplo los mineros de *Echandía*, los de *Cien Pesos* y el Comité Cívico Pro Defensa de Marmato. Podemos ser muy ignorantes en cuanto a la ley, pero todos estamos unidos porque no nos vamos a dejar quitar lo que es nuestro”.

Los mineros de esta región no se cansan de repetir algo que para ellos es natural y no tiene discusión: que la tierra de Marmato está grabada en la palma de sus manos, y que vale más el legado que les dejaron sus ancestros que cualquier papel que quiera quitarles ese derecho. “Por las raíces que tenemos y por los años que llevamos trabajando aquí, esto es de nosotros. Este pueblo es el que nos ha sostenido, y lo ha hecho con muchas generaciones anteriores. Es un sentimiento de pertenencia”, puntualiza Fredy.

Por eso siempre están en alerta, desconfían cada vez que por las calles empedradas del pueblo ven aparecer gente desconocida (ingenieros, periodistas, empresarios, entre otros), porque ahora entienden que su cerro, reserva de oro, es el centro de atención de intereses foráneos. “Acá no estábamos acostumbrados a tener presencia de la fuerza pública. Los policías aquí eran si mucho dos, y los de siempre. Ahora son hasta 15, que traen de otras regiones. Con su presencia nos quieren intimidar, detienen y requisan a los mineros que se encuentran a su paso, y nos tratan como a unos delincuentes. Cada dos semanas los cambian para evitar que se encariñen con la gente, porque aquí todo el que llega, incluyendo la policía, termina por entender lo que nos pasa y sabe que la razón es nuestra”, dice Fernando, observando desde la mina *El Patacón*, en lo alto de la montaña, las camionetas de la policía estacionadas a las puertas de la Alcaldía.



### **El control de explosivos, otro acoso**

La nueva forma de presión ahora no son los contratos ni las órdenes de desalojo. Desde hace más de un año no les venden explosivos, que los mineros necesitan para extraer el material de las minas. “No nos venden dizque porque ahora somos ilegales, cuando toda la vida nos habían vendido la dinamita”.

Tal control ha traído un problema mayor: la elaboración artesanal y el tráfico subrepticio de la dinamita. Por eso es que la policía hace requisas constantes, buscando explosivos. Lo peor es que si llegan a coger a alguien lo pueden acusar de terrorismo.

Aunque ignoran los planes y las movidas futuras que hará la multinacional, los guacheros están a la espera, totalmente prevenidos. Y han decidido buscar apoyos, no sólo entre ellos mismos sino con mineros de otras regiones del país que sufren la misma presión de las multinacionales.

Al medio día, cuando los rayos del sol pegan directo sobre la montaña, Fredy pasa un trapo por la frente para limpiarse el sudor. Es hora del almuerzo, él y sus compañeros buscan la sombra de la pequeña caseta para sentarse y comer. “A mí me da mucha rabia que nos llamen ilegales, invasores, cuando nosotros lo que hacemos es trabajar duro y sudar para poder comer. Esa multinacional se nos está metiendo lentamente, como cuando una persona descubre que está enferma de cáncer, y éste avanza lentamente hasta que hace metástasis y ¡ah!, ya no hay nada qué hacer”, concluye Fredy.

